

Hermanos amados,

Hoy nos encontramos nuevamente en nuestro estudio expositivo del Evangelio según Mateo, y hemos llegado al capítulo 3, donde entra en escena un personaje clave en el plan redentor de Dios: Juan el Bautista. Lo que veremos hoy no es simplemente una biografía más, sino el retrato de un verdadero heraldo del Rey, alguien que vivió, habló y sirvió con la única intención de preparar el camino del Señor. Este pasaje nos desafía a examinarnos a la luz del ministerio de Juan y del llamado urgente al arrepentimiento.

He titulado esta enseñanza: **“Viviendo como heraldos de Cristo”**, y la estructuraremos haciendo seis preguntas al texto que nos ayudarán a entender a profundidad el ministerio de Juan y su relevancia para nosotros hoy.

1. ¿Quién es el heraldo? (v.1)

Juan el Bautista aparece predicando en el desierto de Judea, aproximadamente 30 años después del nacimiento de Jesús. Mateo omite los años intermedios y nos lleva directamente al inicio del ministerio público, tanto de Juan como del Señor.

El nombre “Juan” significa “Dios es misericordioso”, y su ministerio, anunciado desde antes de su nacimiento por medio del ángel Gabriel a Zacarías, fue divinamente diseñado. Fue lleno del Espíritu Santo desde el vientre, y como dijo el Señor Jesús mismo: “Entre los nacidos de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista” (Mateo 11:11). Él era más que un profeta: era el heraldo escogido para preparar el camino del Rey.

Un heraldo, como lo entendían en aquel tiempo, era alguien elegido por el rey para anunciar su venida, limpiar el camino, corregir lo torcido y preparar el terreno. Juan no era el protagonista; él entendía su rol. Cuando le preguntaron si era el Cristo, respondió con humildad: “No soy el Cristo”. Era simplemente una voz clamando en el desierto. ¿Tú y yo, entendemos nuestro rol con esa humildad?

2. ¿Qué dice el heraldo? (v.2)

El mensaje de Juan era breve, directo y radical: **“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”**.

Hermanos, ese mensaje no ha cambiado. La palabra “arrepentirse” viene del griego *metanoeo*, y no se trata solo de una emoción pasajera o una tristeza superficial. Es un giro completo de 180°, un cambio de mentalidad, de voluntad, de dirección. Es alejarse del pecado y volverse hacia Dios con todo el ser.

Juan no estaba llamando a una emoción, sino a una transformación. Es la misma predicación que luego Cristo proclamaría: “Arrepentíos y creed en el evangelio”. El arrepentimiento verdadero se manifiesta en obras —en frutos dignos de arrepentimiento—, como bien lo enfatizó Juan en el versículo 8.

Y aquí está la confrontación: los judíos confiaban en su herencia como hijos de Abraham, creyendo que eso los hacía automáticamente parte del Reino. Pero Juan derrumba esa falsa seguridad: “Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras”. Lo que Dios exige no es genealogía, sino conversión.

3. ¿Por qué lo hace el heraldo? (v.2)

La razón es clara y poderosa: **“porque el reino de los cielos se ha acercado”**.

Después de 400 años de silencio profético desde Malaquías, Juan emerge anunciando que el reino de Dios está aquí. No es una advertencia vacía, es una urgencia divina. El Rey está por manifestarse y exige una devoción genuina.

Ese mismo llamado es el que hoy debemos proclamar. El reino no es una religión. No se accede por tradición, ni por herencia. Solo entra en el Reino aquel que se arrepiente, aquel que es transformado desde lo profundo.

4. ¿Para qué vino el heraldo? (v.3)

Juan vino a **preparar el camino del Señor**. Esta expresión viene de Isaías 40:3–4, y Mateo la cita para mostrar que Juan cumple la profecía.

Pero la preparación no era física, no se trataba de limpiar caminos con herramientas, sino de alisar los senderos del corazón. Juan llamaba a la gente a enderezar sus vidas, a quitar los obstáculos espirituales que los alejaban de Dios: el orgullo, la religiosidad hueca, la autosuficiencia.

Preparar el camino significa arrepentirse. Significa dejar lo malo y hacer lo correcto. ¿Estamos nosotros preparando nuestro corazón para recibir y honrar al Rey?

5. ¿Cómo vivía el heraldo? (v.4)

Juan vivía con sencillez y austeridad. Vestía con pelo de camello, ceñía su cintura con un cinturón de cuero y comía langostas y miel silvestre.

Su estilo de vida era un contraste absoluto con los líderes religiosos de su tiempo. Mientras ellos lucían pomposos, Juan vestía con lo básico. Mientras ellos buscaban el reconocimiento, Juan decía: “Es necesario que Él crezca y yo mengüe”.

Su vida no fue una invitación al ascetismo por sí mismo, sino un testimonio contra una religiosidad superficial. Su ejemplo nos recuerda que muchas veces lo que nos impide seguir a Cristo son los apegos materiales y los placeres de este mundo.

6. ¿Qué hizo el heraldo? (vv.5–6)

Juan predicó. Juan confrontó. Y Juan bautizaba a quienes confesaban sus pecados.

Esto era impactante porque los judíos no se bautizaban. Solo los gentiles, los prosélitos, pasaban por ese rito para entrar al judaísmo. Así que que un judío se bautizara, era reconocer que estaba tan perdido como un gentil, que necesitaba arrepentirse y ser limpiado.

El bautismo no salvaba, pero era una confesión pública, una humillación voluntaria. Hoy pasa lo mismo. No se puede pasar por las aguas del bautismo sin un arrepentimiento genuino, sin una confesión clara y pública de fe.

Aplicaciones finales

Hermanos, este pasaje no solo es histórico, es profundamente pastoral.

1. **El llamado de Juan sigue vigente.** Todo cristiano genuino ha sido llamado a ser un heraldo: vivir una vida santa y proclamar la venida del Rey.
2. **El arrepentimiento no es una emoción, es una transformación.** No podemos vivir en el pecado y pretender tener comunión con Dios.
3. **La religión vacía no salva.** Nuestra vida cristiana debe fluir de un amor sincero por Cristo, reflejado en obediencia radical.
4. **La humildad de Juan debe inspirarnos.** “Es necesario que yo mengüe”. La gloria es solo para Cristo.
5. **La entrada al Reino no es por tradición.** No hay “colados” en el Reino de los cielos. Cada uno debe entrar por la puerta estrecha, que es el arrepentimiento y la fe en Jesús.

Queridos hermanos, el Reino de los cielos se ha acercado. El Rey ha venido y volverá. Que nuestras vidas, nuestras palabras, y nuestras iglesias sean una proclamación fiel de ese llamado urgente: Arrepiéntanse y crean en el Evangelio.

Que Dios nos conceda ser como Juan, heraldos fieles del Rey de reyes.

Amén.